

## CONDICIONAMIENTOS SOCIALES DEL SEXO

Podrá parecer que volver sobre el tema del sexo en una publicación teológica es querer resucitar esa manía clerical de centrar la moralidad en el "sexto". Sin embargo el problema está ahí. Y preocupa seriamente a muchas personas por las implicaciones sociales, ambientales y personales que tiene.

Hay "personas mayores" que se asombran y muchas veces se indignan ante la creciente libertad de modas y costumbres. Hay padres que no saben cómo aconsejar o simplemente prohibir —sobre todo a sus hijas— modos de comportamiento en el ambiente en que se desenvuelven.

En este sentido la situación en nuestro país es fácilmente describible. Estamos pasando rápidamente de una represión ambiental muy severa a una verdadera explosión de "naturalidad" en lo que al sexo se refiere.

Este proceso puede parecer a primera vista una liberación de tabús anacrónicos, y en parte lo es. Y saludaríamos con júbilo y sin reservas esta liberación si realmente lo fuese, y, por consiguiente, personalizase más y humanizase más. Pero tenemos nuestras reservas sobre el particular, aun a costa de parecer a primera vista predicadores trasnochados. Reservas que nos vienen de observar lo

que está sucediendo al otro lado de los Pirineos. Y lo que está sucediendo no es ni más ni menos que el paso de una esclavitud ambiental a otra más sutil, bajo apariencia de liberación. Tal vez en ninguna parte se está frustrando más la humanización de la vida que en el sexo.

Desde luego que la auténtica liberación y humanización del sexo no está en la vuelta a las hipócritas represiones y tabús del pasado reciente. Afortunadamente es un camino irreversible. Pero la situación de estos países del ámbito occidental que van con unos años por delante de España en la evolución de las costumbres, nos puede y nos debe iluminar en esta materia.

El teólogo norteamericano Harvey Cox en "Sexo y secularización" (1) aborda el problema de una manera realista y profunda. Observando lo que sucede en su país, empieza extrañándose de que personas que ven con claridad meridiana que el crimen, los narcóticos y la pobreza son en gran parte problemas estructurales, interpreten todavía el incremento en toda clase de experiencias sexuales como un desmoronamiento de la moral personal. Es decir, abordar el problema desde el punto de vista exclusivamente individual es no caer en la cuenta de lo que el am-

biente tiene de influencia en el individuo.

Nos encontramos, pues, ante una situación paradójica. La ruptura de moldes pasados de comportamiento erótico-sexuales no está conduciendo a una mayor liberación sino a una nueva forma de esclavitud. Y ¿cómo se impide la auténtica humanización del sexo? Según Cox, se frustra en primer lugar por la inhibición de imágenes de identidad cultural espúreas por parte de los "nuevos hechiceros" y el gremio de la publicidad, que ha visto en esta materia un campo saneadísimo de hacer dinero; y no nos referimos exclusivamente a la vulgar propaganda pornográfica, como ahora veremos. En segundo lugar, "la auténtica humanización del sexo recibe un jaque-mate de un ansioso aferramiento a los modelos sexuales del burgo. Una era tan reciente y sin embargo tan distinta de la nuestra, que simplemente trasplantar su ethos sexual a nuestra situación es invitar a la hipocresía en su peor grado" (2).

#### FALSAS IMAGENES DE IDENTIDAD

Tal vez en ningún país como Norteamérica se han llegado a estereotipar tan perfectamente estas imágenes y modelos sexuales. Estos modelos vienen, como las antiguas deidades paganas, por parejas. El nuevo Adonis y la nueva Afrodita son en América el Playboy y Miss América.

No nos vamos a detener en el minucioso análisis que Harvey Cox hace de estos dos modelos para su país, pero sí vamos a repasar sus características, que son muy similares a otros playboys y a otras Miss América que pululan por nuestros meridianos.

Esta joven Miss, o estas jóvenes, con proporciones anatómicas perfectamente prescritas, simbolizan algo más allá de sí mismas: simbolizan la imagen de La Mujer. Esta Mujer, modelo de tantas jovencitas, no es necesariamente una. Hacen este oficio ganadores de concursos de belleza, ciertas artistas de cine o ciertas cantantes de moda. Lo que ellas hacen o recomiendan hacer es aceptado sin más por miles de adolescentes. Se han convertido en el icono omnipresente de la sociedad de consumo, y de esta manera su influencia llega a mayor número de personas.

Recomiendan tal clase de mantas, tal clase de cosméticos, tal clase de medias. Afirman taxativamente que con tales prendas interiores se embellecerá el busto, y consiguientemente se aparecerá más mujer, y el éxito de atracción sexual será definitivo. Hasta tienen la osadía de indicar al sexo contrario cuál es la bebida propia de hombres.

Pero hay algo más. Esta Mujer abiertamente sexual ejecuta en nuestra cultura una función tan religiosa como lo fue la de Cibele en la suya. Las funciones son idénticas. Proporcionar una identidad personal segura para los iniciados y santificar una estructura particular de valores.

"Nadie nace mujer" dice Simone de Beauvoir, "nace hembra y nace mujer" según los modelos y significados proporcionados por la civilización. Este modelo ha sido durante muchos siglos cristianos la Virgen María. Hoy día, por ejemplo, en Norteamérica, es Miss América. Y de la misma manera que la Virgen María era imagen de aceptación, humildad, sacrificio, etc., hoy día La Mujer que

hace de modelo de identidad simboliza los valores y aspiraciones de una sociedad de consumo; y dispensa también su favor carismático, pero a neveras, relojes y afeitadoras eléctricas. Es decir, La Mujer prototipo es una anti-Madonna. Dice textualmente Cox: "En un contraste sobrecogedor, particularmente con el retrato bíblico de María en Lucas, 1,46-55, La Mujer no tiene nada que ver con "henchir de bienes a los hambrientos", pregonando al contrario una interminable proliferación de lujos en los anuncios comerciales de la televisión. La Mujer exalta a los poderosos, ensalza a los ricos y no lleva a los hambrientos más que otra desesperación acumulada, y así La Mujer afianza y atrae a un foco personal un sistema de valores tal y como está. En términos tanto sociales como psicológicos, La Mujer, sea o no una diosa, ciertamente actúa como si lo fuese" (3).

En consecuencia, si La Mujer funciona en muchos aspectos como una deidad, el culto a esta Mujer demanda una cuidadosa crítica teológica. No es tanto una protesta, lo que hemos de hacer, contra la sexualidad ambiente, sino contra el culto a la sexualidad, que se concreta en lo que venimos llamando La Mujer, sea ésta una Miss, una artista, una cantante, etc., que hace el oficio de ídolo. Y lo mismo que todo ídolo, debe ser derribado, ya que a fin de cuentas es una creación de nuestras propias manos y no nos puede salvar. Es claro que los valores que ella representa —comodidad, éxito sexual, placer sin trabas...— no tienen ningún significado último.

El mismo análisis se puede hacer de las imágenes de identidad masculinas. En este punto hay más

diversidad. Y aunque el Playboy norteamericano parece que es el modelo de una gran parte de los muchachos de ese país, no sucede lo mismo en el nuestro. No existe en España un porcentaje real o de revista que proponga a nuestra juventud un modelo inequívoco de masculinidad; pero la tendencia apunta por el mismo camino.

Por eso dijimos al principio que estudiaríamos con más detenimiento los modelos americanos, por estar más estereotipados, ya que, en su medida, a los jóvenes de otros países y del nuestro se les están presentando imágenes parecidas.

El Playboy, ilustrado por la revista mensual del mismo nombre, habla a aquellos que quieren saber qué significa ser hombre, y concretamente "macho", en el mundo de hoy. No es por tanto una vulgar revista pornográfica.

La respuesta que ofrece el Playboy, y en su medida los playboys más cercanos a nosotros, no puede ser más desastrosa. Se afirma categóricamente en esta revista la clase de tabaco, el atuendo de ropa que es viril. Y así se dice textualmente: "los verdaderos hombres demandan este humo ásperamente masculino. Las mujeres se desmayarán por tí. No importa lo que prometan, no las invites a fumar. Este cigarro es sólo para hombres". Una cazadora es descrita como lo más masculino desde el hombre de las cavernas. Qué hay que ser, y cómo hay que serlo, queda patente con una claridad meridiana.

Más demoledora es su teoría del sexo. Playboy insiste en que su mensaje es de liberación. Hay que romper con el puritanismo gazzmoño. La forma de hacerlo es la fran-

queza y la sinceridad sin rubores. Pero esta franqueza consiste en delimitar bien claramente que la experiencia sexual debe ser algo que no comprometa lo más mínimo. La mujer se convierte en un accesorio deseable, y en realidad indispensable. Y como todo buen accesorio debe ser separable y disponible. Por eso las amigas de ficción de los lectores del Playboy conocen su lugar y no piden nada. Son el símbolo por excelencia del sexo recreacional. Cuando el juego ha terminado, cesa la función de la compañera de juego. La chica ha de comprender que así son las reglas de este juego. Es lo que el joven apuesto en una caricatura del Playboy dice a la joven desgreñada y desnuda que está abrazando apasionadamente: "¿por qué hablar de amor en un momento como éste?".

#### CRITICA DE ESTAS IMAGENES

Claramente se ve que estas imágenes de identidad, estos patrones modélicos son pseudo-evangelio de liberación. En realidad esclavizan de otra forma más sutil, pero no menos tiránica, bajo la apariencia de mayor libertad.

Esta suteliza consiste fundamentalmente en que estos modelos son en el fondo antisexuales, y quieren solucionar simplistamente la inestabilidad afectivo-sexual del adolescente y aun del post-adolescente a quien van dirigidos.

Termino estas consideraciones reproduciendo textualmente algunos párrafos de Harvey Cox, pues lo que dice de la sociedad americana, y de los modelos estereotipados de Miss América y Playboy, es aplicable a lo que en este cam-

po está empezando a suceder por aquí.

"Toda crítica teológica del Playboy que dispare contra su lujuria dará completamente fuera del blanco. Playboy y sus imitadores con menos éxito, no son revistas sexuales en absoluto. Son básicamente antisexuales. Diluyen y disipan la auténtica sexualidad reduciéndola a un mero accesorio, manteniéndola a una distancia segura... Por mucho que al macho humano le gustara terminar su relación con una mujer como si se desenchufara el stereo, sabe que realmente no puede hacerlo. Todo aquel que tenga un mínimo de experiencia con mujeres sabe que no puede hacerse... Playboy realmente se alimenta de la existencia de un tumor reprimido de compromiso con mujeres... Quizá sea esta la razón por la cual los suscriptores a Playboy descienden tan bruscamente después de la edad de los treinta años" (4).

Y concluye: "Precisamente porque estas revistas son anti-sexuales merecen la clase más cuidadosa de crítica teológica. Fomentan una doctrina herética del hombre que está en oposición diametral con la doctrina bíblica. Para el hombre del Playboy los otros, especialmente las mujeres, están para él. Son sus accesorios de placer, los utensilios de su juego. Para la Biblia, el hombre sólo llega a ser plenamente hombre cuando él es para otro... Las críticas moralistas de Playboy fracasan porque su antimoralismo es uno de los pocos lugares en que Playboy tiene razón. Pero si los cristianos tienen el nombre de Aquel que fue verdaderamente hombre, es porque estuvo entregado a "el otro". Y si es en El en quien conocemos quién es Dios y cuál es el destino de la

vida humana, entonces debemos ver en Playboy el último episodio de la negativa del hombre a ser plenamente hombre" (5).

La libertad para una sexualidad madura viene al hombre sólo cuando es liberado de los poderes despóticos que lo fuerzan a encajar en patrones fijos de comportamiento. Todos los playboys y Miss América ilustran semejantes poderes. Cuando estos modelos determinan la vida sexual del hombre lo tienen en cautividad. Impiden que llegue a la madurez. Representan el peligro constante de recaer en la servidumbre tribal que siempre ronda a la sociedad. Una amenaza de la que repetidamente le avisa la palabra liberadora y secularizadora del Evangelio de Cristo.

#### CONTRADICCIONES SOCIOLOGICAS DE LA MORALIDAD AMBIENTE

Liberalizar y naturalizar las costumbres, salir de unos modos de comportamiento erótico-sexuales rígidos, sin penetrar a la vez en el profundo significado humano del sexo, y mantener ambientalmente unas normas morales propias de la sociedad burguesa decimonónica, está llevando inevitablemente a una contradicción ambiental y a unas refinadas formas de hipocresía. Es lo que Cox llama "trasplantar el ethos sexual y los modelos sexuales del burgo a nuestra época".

En la primera parte de este artículo nos hemos centrado en la juventud, y en los modelos espúreos que le son presentados: falsas imágenes de identidad sexual que la esclavizan en alguna medida más aún que las rígidas normas de un moralismo legalista e intransigente.

En esta segunda parte vamos a continuar analizando las contradicciones de la sociedad en los jóvenes, por ser donde aparece de una manera más palpable a dónde conduce la hipocresía de esta sociedad. Y para ilustrar esta tensión podemos centrarnos en el ideal tradicional de la castidad prematrimonial.

Harvey Cox, aludiendo al célebre monólogo de Hamlet, dice que la Gran Cuestión para muchos adultos jóvenes es hoy día "to bed or not to bed", "acostarse o no acostarse". Esto exige una investigación más profunda.

Hemos de admitir francamente que se está desvaneciendo un puritano estilo de comportamiento erótico, y en algunos sitios se ha desvanecido por completo. Y sin embargo pertenece a la ética puritana del sexo, al menos en el papel. Hemos cambiado en pocos años vestidos hasta media pierna por bikinis y minifaldas. Pero las personas cogidas en estos cambios todavía aprenden aunque con cierta mayor tolerancia el mismo código de total abstinencia prematrimonial.

De esta forma se crea para los adultos jóvenes solteros una combinación particularmente penosa de ambientes emocionales. "Son constantemente bombardeados por medio de estilos de vestir, diversiones, anuncios, etc., con lo que quizá constituya la fuerza más hábilmente trazada de estimulantes eróticos que jamás haya sido amasada" (6), dice muy atinadamente Cox.

Es decir, se tolera ambientalmente un creciente número de excitantes sexuales desde los visuales hasta los táctiles, y esa misma sociedad

que se muestra indulgente y hasta complaciente ante estas nuevas formas de comportamiento, se rasga las vestiduras y considera una desgracia el hecho de que una joven pareja tenga que casarse precipitadamente.

Hay que añadir que la penicilina, y sobre todo los preservativos y contraceptivos están eliminando los últimos pretextos para evitar el coito prematrimonial. Así, puede pensarse, las cosas irán mejor, pues de lo que se trata es de no crearse complicaciones. Y el consejo de "no vayáis demasiado lejos" se puede cambiar en este otro "sí traspasáis la raya, sed al menos precavidos".

Pero es claro que todo esto no es jugar limpio; y los mismos jóvenes tienen la impresión de ser el hazmerreir de una sociedad de adultos que les muestra una cosa, les dice otra, y hace bajo cuerda lo que quiere.

#### PALABRA LIBERADORA DEL EVANGELIO

En medio de este carnaval esquizofrénico de lascivia y mojigatería, el Evangelio cristiano —se cuestiona Cox—, ¿por qué parece ofrecer tan poca guía positiva? El mismo responde, y pienso que está formulado perfectamente el fondo de la cuestión: "el Evangelio viene al embrollo sexual de la mayoría de los jóvenes no como un sí libertador, no como Buena Nueva de Dios librándole para ser persona y parte de la comunidad. Viene más bien como un residuo de la cristiandad cultural y un surtidor de confusas convenciones. Para que pueda ser oído una vez más como Evangelio, debe ser desmitizado y deslegalizado" (7).

Hay que aligerar la ética sexual cristiana de adherencias neoplatónicas, maniqueas y aun románticas. Y cuando se desmitifica la ética sexual evangélica resulta una invitación a la vida juntos en una comunidad de egos personales. El sexo es placer. Abominar de este placer, o hacer de él simplemente placer, es falsear el sexo. Y aún más: normativizarlo en esquemas y leyes morales minuciosas, es también otro modo de falsearlo, ya que el Evangelio se dirige a las personas, y la Ley sólo ve hechos

El sexo es una forma del lenguaje del amor. Y el amor es donación y entrega. Ya hemos superado hoy los residuos maniqueos que introdujo fatalmente S. Agustín en la concepción del sexo, presentándolo como algo abominable y animal. De ahí que la palabra evangélica liberadora que haya que decir hoy sea que el sexo no es simplemente placer. La libertad sexual en Cristo en un caso concreto significa que una muchacha acosada puede decir no a un don Juan empalagoso, sin sentir que ella es desesperadamente "chapa-da a la antigua".

Todo esto supone y exige más madurez. La Ley es más fácil, pues cumplidos los preceptos nos sentimos ya justificados. Pero la Ley ni salva ni libera, como insiste continuamente S. Pablo. Es el Evangelio el que salva y libera, y el Evangelio se encamina a las actitudes fundamentales sin descender al caso concreto. De ahí que la ética evangélica sea más arriesgada que la ética legalista, porque exige más disciplina y madurez que la Ley. Pero hemos de correr ese riesgo si no queremos falsificar el mensaje evangélico. Sólomente así la norma podrá convertirse en auténtico valor huma-

no, El hombre la vivencia, entonces, no como un imperativo externo, agobiante, empobrecedor, sino como una forma de autorealización personal, como una exigencia profunda para encarnar su amor y entrega a los otros.

“La ética evangélica —termino con este párrafo de Cox— deja de

ser Ley y una vez más se convierte en Evangelio, Buena Nueva, cuando la Palabra libra a las personas de los convencionalismos culturales y presiones sociales, cuando las personas descubren su sexualidad como un delicioso don de Dios que los liga en libertad y responsabilidad con sus prójimos”.

## NOTAS

- (1) Harvey Cox, *La Ciudad secular*, cap. IX, el sexo y la secularización, Barcelona, ediciones Península, 2.ª edic. 1968.
- (2) *Opus citat.*, p. 214.
- (3) *Ibid.*, p. 218.
- (4) *Ibid.*, p. 224.
- (5) *Ibid.*, p. 225.
- (6) *Ibid.*, p. 227.
- (7) *Ibid.*, p. 229.